



tratado de los siete Sacramentos, obra que se ha entregado al olvido hoy en día, como lo están todos los libros de controversia, así que ha pasado la ocasión que los ha originado, mas que no está desnuda de habilidad y de sutileza polémica. La adulación de sus cortesanos la axaltó con un libro en que brillaba tanta ciencia y erudición, que ensalzaba á Enrique VIII tan por encima de los demás autores por su mérito literario como los sobrepujaba por su jerarquía. El papa, á quien se presentó en pleno consistorio con el mayor aparato, habló de él con el respeto que habría tenido á un escrito dictado por una inspiración divina; y para manifestar á Enrique el reconocimiento de la Iglesia á su celo extraordinario, le confirió el título de *Defensor de la fe*, título que el rey perdió pronto en el concepto de aquellos de quienes lo tenía, y que ha quedado á sus sucesores, aunque son enemigos declarados de aquellas mismas opiniones por cuya defensa lo había merecido Enrique.

Lutero, que no se detenía por la autoridad de la universidad de París ni por la dignidad del monarca inglés, publicó á poco tiempo sus observaciones sobre el decreto de la una y sobre el tratado del otro, y las escribió en estilo tan violento y acre, como si refutara al más despreciable de sus antagonistas. Sus contemporáneos, lejos de ofenderse por esta indecente osadía, la miraron como nueva prueba de la intrepidez de su carácter. Una disputa agitada por adversarios tan ilustres llamó más la curiosidad; y tal era entonces el contagio del espíritu de innovación difundido por toda la Europa, tal la fuerza de raciocinio con que se anunció al principio la doctrina de los reformadores, que, á pesar de las potestades eclesiásticas y civiles conjuradas contra ella, conquistaba todos los días prosélitos en Francia y aun en Inglaterra.

Por mucho que el emperador deseaba poner término á los progresos de Lutero, se vió obligado á menudo, durante todo el tiempo que duró la dieta de Wormes, á ocuparse en materias más interesantes, y que pedían una atención más urgente y seria. Iba á reventar la guerra entre él y Francisco en Navarra, en los

Países-Bajos y en Italia; se requería mucha habilidad para apartar el peligro, ó mucha precaución para prepararse á una buena defensa. Todo movía á Carlos á preferir el primer partido en la actualidad. La España era víctima de las facciones domésticas; no se había asegurado aún en Italia un aliado con quien pudiera contar. Sus vasallos de los Países-Bajos se estremecían con la sola idea de un rompimiento con la Francia, rompimiento cuyos funestos efectos para su comercio habían aguantado más de una vez. Retenido por estas consideraciones y por los esfuerzos que Chievres hizo siempre, mientras duró su mando, para conservar la paz entre los dos reyes, el emperador difería todo lo posible principiar las hostilidades; mas Francisco y sus ministros no tenían disposiciones tan pacíficas. Bien conocía Francisco que no debía contar con la duración de una unión que el interés, la rivalidad y la ambición se encaminaban sin descanso á turbar; y gozaba de muchas ventajas que le daban la esperanza de sorprender á su rival y de oprimirle ántes que pudiera ponerse en estado de resistirle. Un reino como la Francia, cuyos dominios se hallaban reunidos y contiguos, en donde la autoridad real era casi absoluta, en donde el pueblo amaba la guerra y estaba ligado á los reyes por todos los vínculos del deber y del afecto, era mucho más propio para hacer un desmedido é improviso esfuerzo que los dominios más vastos, pero separados del emperador, que veía al pueblo armado contra sus ministros en una parte de ellos, y en todos su autoridad mucho más limitada que la de su rival.

Los únicos príncipes que hubieran sido bastante poderosos para calmar ó apagar enteramente el incendio desde sus principios, ó despreciaron emplearse en ello, ó no procuraron sino atizarlo y extenderlo. Enrique VIII, afectando tomar el título de mediador, y á pesar de las frecuentes apelaciones que las dos partes hacían á su decisión, había renunciado ya al espíritu de imparcialidad, que convenia al carácter de árbitro. Wolsey, con sus artificios, lo había descompuesto del todo con el rey de Francia; alimentaba secretamente la discordia



que debería haber apagado, y no aguardaba más que un pretexto decente para juntar las armas de Inglaterra á las del emperador.

Los esfuerzos de Leon para excitar la desavenencia entre el emperador y Francisco I fueron ménos reservados y más eficaces. Su deber, como padre comun de la cristiandad, y su interés como príncipe de Italia, le dictaban el papel de conservador de la tranquilidad pública, y le imponían una obligación de evitar todo paso que pudiera destruir el sistema político que tantas negociaciones y sangre derramada habían cimentado al cabo en Italia. Leon había visto, en efecto, anticipadamente, que le convenia seguir esta conducta, y desde la exaltación de Carlos al imperio había formado el proyecto de constituirse árbitro entre los dos rivales, halagándolos alternativamente sin ligarse muy estrechamente con ninguno de ellos. Un pontífice ménos ambicioso y emprendedor que él, hubiera podido, reglando constantemente su proceder por este plan, salvar á la Europa de las desgracias que la amenazaban; mas este prelado, de genio audaz, todavía en la fogosidad de los años, se abrasaba del deseo de señalar su pontificado con alguna acción ruidosa. Estaba impaciente por lavarse de la vergüenza de haber perdido á Parma y á Plasencia. Veía con un afecto de indignación, comun á los italianos de aquel siglo, el dominio extranjero establecido en el corazón de Italia por pueblos ultramontanos, á quienes apodaban bárbaros, á ejemplo de los altivos republicanos de la antigua Roma. Lisonjébase que ayudando á uno de los dos monarcas á despojar al otro de las plazas que poseía en Italia, encontraría despues los medios de arrojar al vencedor á su turno, y que le cabría, como á Julio II, la gloria de haber restituido á Italia la libertad y felicidad que gozaba antes de la invasión de Carlos VIII, cuando cada Estado, gobernado por sus príncipes naturales y por sus propias leyes, no había padecido aún yugo extranjero. Por quimérico que fuera este proyecto, esta fué la idea favorita de casi todos los italianos de ingenio y ambición, y el blanco de todas sus empresas durante gran parte del siglo XVI: se recreaban con la vana esperanza

de que por su superioridad en el arte de negociar y á puro astucias y sutilezas, conseguirían triunfar de los esfuerzos de pueblos más toscos que ellos á la verdad, pero mucho más poderosos y belicosos. Leon se dejó de tal modo seducir por esta esperanza, que á pesar de la suavidad de sus inclinaciones y de su gusto á los placeres de la molicie y de los refinamientos del lujo, se apresuró á turbar la paz de Europa y á empeñarse en una guerra peligrosa, con una impetuosidad casi igual á la del turbulento y guerrero Julio II.

Leon tenía, sin embargo, la libertad de elegir entre los dos monarcas, á aquel que quisiera por amigo ó enemigo. Ambos buscaban con diligencia su amistad: titubeó algun tiempo entre los dos, y concluyó al fin una alianza con Francisco.

El objeto de este tratado era la conquista de Nápoles, que los dos confederados convinieron en repartírselo. El papa se lisonjeaba verosíblemente que la viveza y actividad de Francisco, auxiliadas por un pueblo dotado de las mismas cualidades, triunfaria de la lentitud y tímida prudencia de los consejeros del emperador, y que se apoderaría á poca costa de esta porción desmembrada de sus dominios, mal custodiada para su defensa y siempre la presa del que la atacaba. Mas, sea que el rey de Francia, dejando demasiado traslucir sus sospechas sobre la buena fe de Leon, hubiese debilitado en el ánimo de éste la idea de las ventajas que esperaba de él; sea que el tratado que el papa había ajustado con él fuera un artificio para cubrir negociaciones más serias con Carlos; sea que Leon fuera deslumbrado por la esperanza de sacar mayores beneficios de la alianza con el emperador; sea, en fin, que estuviera prevenido á su favor por el celo que había mostrado por el honor de la Iglesia, condenando á Lutero, es cierto que abandonó á su nuevo aliado é hizo, aunque con el mayor secreto proposiciones al emperador.

Don Juan Manuel, el mismo que había sido el favorito de Felipe cuya maña desconcertó todos los proyectos de Fernando, habiendo salido por muerte de este monarca de la prisión en que lo había mandado encerrar, era á la sa-



zon embajador del imperio en la corte de Roma. Nadie era más propio para aprovecharse de las disposiciones del papa en favor de su amo; á él solo se había confiado la dirección de esta negociación, y su noticia se ocultó cuidadosamente á Chievres, que, solícito de evitar todo motivo de guerra con la Francia, no habría dejado de desbaratarla. También se concluyó á poco tiempo la alianza entre el emperador y el papa. Los principales artículos de este tratado, que se convirtió en la base de la grandeza de Carlos en Italia, fueron que el papa y el emperador unirían sus fuerzas para arrojar á los franceses del Milanes, cuyo goce se daría á Francisco Sforzia, hijo de Ludovico el Moro, que había residido en Trento desde que su hermano Maximiliano había sido desposeído de sus dominios por el rey de Francia; que se restituirían á la Iglesia los ducados de Parma y de Plasencia; que el emperador ayudaría al papa á conquistar á Ferrara: que se aumentaría el tributo anual que el reino de Nápoles pagaba á la Santa Sede; que el emperador tomaría bajo de su protección á la familia de Médicis; que señalaría al cardenal de este nombre una pensión de diez mil ducados sobre el arzobispado de Toledo, y que asignaría igual valor en bienes raíces de tierra en el reino de Nápoles á Alejandro, hijo natural de Lorenzo de Médicis.

Al saber Chievres que se había concluido un tratado de tan grande importancia sin su participación, no dudó un punto de haber perdido para siempre el ascendiente que había conservado hasta entonces en el corazón de su discípulo. El pesar que sintió por ello, junto á la melancolía que le daba la idea de las calamidades inevitables y multiplicadas que iba á arrastrar una guerra con Francia, le abrevió, se dice, el fin de sus días.

Esta conjetura es tal vez una maquinación de los historiadores, que gustan suponer causas extraordinarias en todo lo que acaece á personajes ilustres, y que hasta atribuyen sus enfermedades y muerte al efecto de sus pasiones políticas, que turban más á menudo la paz de la vida que abrevian su duración. Lo seguro es que el fallecimiento del ayo de Carlos en tan crítico momento destruyó toda esperanza de

evitar un rompimiento con Francia. Carlos vió sin pena un suceso que le libertaba de un ministro cuya autoridad tenía su ingenio en prisión: el hábito de obedecerle desde su infancia con una deferencia ciega le tenía en un estado de minoridad que no convenia ya á su jerarquía ni á su edad: libre de esta sujeción, las facultades naturales de su alma tomaron vuelo, y desplegó en el consejo y en la ejecución unos talentos que sobrepujaron las esperanzas de sus contemporáneos, y que han merecido la admiración de la posteridad.

Mientras que el papa y el emperador, conforme á la secreta alianza que acababan de formar, se disponían á atacar á Milan, las hostilidades principiaron en otra region. Los hijos de Juan Albret, rey de Navarra, habían pedido muchas veces la restitución de su patrimonio en virtud del tratado de Noyon; Carlos había eludido siempre sus reclamaciones bajo de diversos pretextos: Francisco se creyó entonces autorizado por este mismo tratado á socorrer á esta familia desventurada. Las circunstancias parecían de las más favorables para tal empresa. Carlos distaba de esta parte de sus estados; las tropas que mantenía allí por costumbre, habían sido retiradas para apaciguar las sublevaciones de España; los malcontentos de este reino solicitaban vivamente á Francisco que se apoderara de Navarra, en donde encontraría un partido considerable, que no aguardaba sino su socorro para declararse en favor de los descendientes de sus antiguos reyes. Francisco, que quería evitar cuanto estuviera de su parte ofender al emperador ó al rey de Inglaterra, hizo alistar tropas y comenzar la guerra, no en su nombre, sino en el de Enrique de Albret; se entregó su mando á Andrés de Foix de Lesparre, mozo sin talentos, ni experiencia, que no tenía más título para obtener esta distinción importante que ser pariente muy cercano del príncipe destronado por quien iba á pelear, y especialmente ser hermano de la condesa Chateaubriand, dama favorita de Francisco. Como no encontró ejército en campaña, que pudiera detenerle, se enseñoreó en pocos días de todo el reino de Navarra, sin encontrar en su marcha otro obstáculo que la



ciudadela de Pamplona. Las nuevas obras que Jimenez había mandado comenzar para fortificarlas no estaban concluidas todavía, y la débil resistencia que hizo, no merecería mencionarse en la historia, si Ignacio de Loyola, caballero vizcaino, no hubiera sido herido de peligro.

En su larga cura no halló para divertir su aburrimiento otra diversion que leer las vidas de los santos; la impresión de esta lectura en su espíritu, movido por naturaleza al entusiasmo, y al mismo tiempo ambicioso y emprendedor, le inspiró un violento deseo de igualar la gloria de los héroes de la Iglesia romana; se arrojó á las aventuras más extravagantes y quiméricas, que remataron al fin con la institución de la sociedad de los padres jesuitas, el más político y mejor gobernado de todos los órdenes monásticos, y el que ha causado mayor bien y mal al género humano.

Si después de ganada Pamplona, Lesparre se contentara con tomar las precauciones convenientes para asegurar su conquista, el reino de Navarra hubiera podido quedar reunido efectivamente á la corona de Francia; pero arrastrado por el ardor de la juventud y alentado por Francisco, á quien los sucesos deslumbraban demasiado fácilmente, se aventuró á pasar de los límites de la Navarra, y fué á sitiar á Logroño, pequeña ciudad de Castilla la Vieja. Los castellanos habían visto hasta allí con la mayor indiferencia los progresos rápidos de sus armas; mas su propio riesgo les hizo salir de tal estado de indolencia, y las disensiones de España, estando casi enteramente apagadas; ambos partidos se reunieron para defender á competencia su propia patria; los unos á fin de borrar por servicios actuales la memoria de sus faltas pasadas, los otros para añadir á la gloria de haber reducido á los vasallos rebeldes del emperador la de rechazar á los enemigos extraños. La llegada repentina de las tropas españolas, agregada á la vigorosa defensa de los vecinos de Logroño, forzaron al general francés á abandonar su temerario intento. El ejército español, que se engruesaba de día en día, le molestó en su retirada; y por otra segunda imprudencia, en vez de retirarse

bajo del cañon de Pamplona, ó aguardar para la batalla la union de las tropas que venían á su socorro, atacó á los españoles, á pesar de la superioridad de su número; empeñó la acción con la mayor impetuosidad, pero con tan poca prudencia y gobierno, que su ejército fué derrotado bien pronto, y él mismo quedó prisionero con sus principales oficiales. España recobró á Navarra en ménos tiempo aún que los franceses habían empleado en apoderarse de ella.

Mientras que Francisco se esforzaba á justificar la invasión de la Navarra, haciéndola pasar en nombre de Enrique de Albret, recurria á un artificio de la misma especie para atacar por otro lado al territorio del emperador. Roberto de la Marck, señor de Bouillon, señorío poco considerable, aunque independiente, situado sobre las fronteras del Luxemburgo y de la Champagne, había abandonado el servicio de Carlos para vengarse de un atentado supuesto del consejo áulico contra su jurisdicción, y se había echado en los brazos de la Francia. En el calor de su enojo se dejó persuadir con facilidad enviar un rey de armas á Wormes para declarar en forma la guerra al emperador. Una insolencia tan extravagante de parte de un principito maravilló á Carlos, y no dudó que el rey de Francia había prometido poderosos socorros para apoyar semejante empresa. El suceso acreditó la verdad de esta conjetura.

Roberto, á la cabeza de un cuerpo de tropas levantado en Francia con secreto asentimiento del rey, aunque en apariencia contra sus órdenes, entró en el Luxemburgo; y después de haber asolado toda la campiña, puso sitio á Vireton. Carlos se quejó altamente de esta invasión como de una violación clara de la paz que subsistía entre las dos coronas, y requirió á Enrique VIII, en virtud del tratado concluido en Londres en 1518, que tomara las armas contra el rey de Francia como primer agresor. Francisco supuso que no era responsable de la conducta de Roberto, que peleaba en su propio nombre y por su propia causa, y que contra su expresa prohibición se había alistado á algunos franceses; pero Enrique tuvo



tan poco miramiento á este efugio, que el rey de Francia, por no irritar á un príncipe á quien esperaba siempre ganar, envió orden á Roberto de la Marck que licenciara sus tropas.

En el entretanto el emperador juntaba un ejército para castigar la insolencia de Roberto. Veinte mil hombres mandados por el conde de Nassau, se dejaron caer sobre su pequeño territorio y se hicieron dueños de todas sus plazas, á excepcion de Sedan, en pocos dias. Nassau, despues de haber dado á conocer tan vivamente á este príncipe todo el peso de la indignacion de su amo, avanzó hácia las fronteras de Francia; y Cárlos, creyéndose bastante seguro de la preferencia que le daba Enrique, para no detenerse por los mismos celos que habian contenido á Francisco, mandó á su general sitiár á Mouzon. La cobardía de la guarnicion, habiendo forzado al gobernador á entregarse casi sin resistencia, Nassau embistió á Mezieres, plaza no muy fuerte en aquel tiempo, pero cuya situacion era tan ventajosa, que su posesion abria al ejército imperial una entrada fácil en el corazon de la Champagne, en donde no quedaban casi más ciudades capaces de atajar sus progresos. Por buena suerte de la Francia, el rey, que conocia la importancia de esta fortaleza y el peligro que la amenazaba, habia confiado su defensa al caballero Bayard, guerrero distinguido entre sus contemporáneos, y conocido con el título de *caballero sin miedo y sin tilda*. Este hombre, cuyo valor extraordinario en los combates y extrema delicadeza en el pundonor y en las leyes de la galantería, presentan la imágen más fiel del carácter que se atribuye á los héroes de la antigua caballería, reunia todas las prendas que forman á un gran capitán. Se le presentó más de una ocasion de ostentarlas en la defensa de Mezieres: en parte con su valor, en parte con su prudencia, alargó el asedio y obligó al cabo á los imperiales á levantarlo con vergüenza, despues de haber perdido mucha gente. Francisco recobró bien pronto á Mouzon al frente de un florido ejército; entró en los Países-Bajos, é hizo muchas conquistas, aunque de poca importancia. Por un exceso de precaucion, falta que se le echó en cara pocas veces, perdió cerca de

Valenciennes la ocasion favorable de cortar la retirada al ejército imperial; y lo que fué todavía de mayor consecuencia, es que disgustó de su servicio al condestable de Borbon, dando al duque de Alenzon el mando de la vanguardia, no obstante que este puesto de honor tocára á Borbon como una prerogativa de su empleo.

Durante las operaciones de esta campaña se celebraba un congreso en Calais bajo de la mediacion de Enrique VIII, para terminar amistosamente todas las diferencias. Si las intenciones del mediador hubieran correspondido á sus protestas, las conferencias no habrian podido ménos de producir buen efecto; pero Enrique habia encargado á Wolsey toda la direccion de esta negociacion; y tal nombramiento bastaba solo á malograrla. Este, ocupado siempre del proyecto de obtener la tiara, el gran objeto de su ambicion, estaba dispuesto á sacrificarlo todo por asegurarse el favor del emperador; y se tomaba tan poco cuidado de ocultar su parcialidad, que Francisco habia rehusado su mediacion, si no hubiera temido irritar el carácter imperioso y vengativo de semejante ministro. Se gastó mucho tiempo en determinar cuál de los dos rivales habia principiado las hostilidades; Wolsey afectaba representar este artículo como principal, y haciendo considerar á Francisco como agresor, esperaba justificar por el tratado de Lóndres todas las alianzas que su amo pudiera hacer con Cárlos. Se examinó despues con qué condiciones se podrian finalizar las hostilidades; pero las propuestas del emperador tocante al particular hicieron ver que estaba muy distante de pensar en la paz, ó que sabia que Wolsey aprobaria todo cuanto se le propusiera en su nombre. Pedia la restitucion del ducado de Borgoña, provincia cuya posesion le habria abierto la entrada hasta lo interior de Francia, y queria ser dispensado del homenaje debido á esta corona por los condados de Flandes y de Artois, homenaje que jamás habia rehusado ninguno de sus antepasados, y que se habia obligado él mismo á renovar por el tratado de Noyon.

Francisco desechó con desden estas proposiciones, que cualquier príncipe noble y gene-



roso habria tenido trabajo en aceptar, aun despues de una guerra desgraciada. Cárlos, por su parte, no mostró mas disposicion á satisfacer al rey de Francia tocante á la restitucion de Navarra á su legítimo príncipe, y al llamamiento de las tropas imperiales del sitio de Tournay; proposiciones, sin embargo, más razonables y moderadas que las primeras. Así se terminó el congreso sin haber producido otro efecto que el que sigue por lo comun á una negociacion infructuosa, agriar las partes que debia conciliar.

Mientras duraban las conferencias, Wolsey, bajo del pretexto de que el emperador podria estar más dispuesto que sus ministros á consentir en condiciones equitativas, pasó á Brujas para ver á este monarca. Cárlos, que conocia su vanidad, le recibió con el mismo aparato y atenciones que si fuera el rey de Inglaterra; mas en vez de hacer servir estas vistas para adelantar el tratado de paz, Wolsey concluyó en nombre de su amo una liga contra Francisco; sus artículos eran que Cárlos acometeria á la Francia por el lado de España, y Enrique por el de Picardia, cada uno con un ejército de 40.000 combatientes; y que para cimentar su union, Cárlos casaria con la princesa Maria, hija única de Enrique, y heredera presuntiva de sus Estados.

Enrique no pudo cohonestar con otras razones esta liga tan injusta en sí misma como contraria á sus intereses políticos, sino alegando un artículo del tratado de Lóndres, por el que se suponía obligado á armarse contra el rey de Francia, como primer agresor, y la injuria que él decia haber recibido de Francisco, sufriendo éste que el duque de Albania, cabeza de un partido en Escocia, opuesto á sus intereses, volviera á este reino. Mas otras consideraciones le habian determinado á ello; las utilidades que sus súbditos sacaban de una perfecta neutralidad, el honor que le resultaria á sí mismo de permanecer árbitro de dos príncipes rivales, parecian motivos más endebles á la imaginacion de este monarca jóven, en comparacion de la gloria que Cárlos y Francisco ganaban en mandar ejércitos ó conquistar provincias, y no pudo resignarse á permanecer más

tiempo en inaccion. Tomada una vez esta resolucion, muchas razones se presentaban para preferir la alianza de Cárlos. No tenía pretensiones sobre ninguno de los estados de este príncipe, situados por la mayor parte de manera que no podia atacarlos sin muchas dificultades y desventaja, al paso que casi todas las provincias marítimas de Francia habian estado largo tiempo en posesion de los reyes de Inglaterra, que ni siquiera habian renunciado todavía á sus pretensiones sobre la corona de este reino; además, era siempre dueño de Calais, que le facilitaba la entrada de algunas de estas provincias, y le prometia una retirada segura en caso de reveses. Miéntras que Cárlos atacaria á una de las fronteras de la Francia, Enrique se lisonjeaba encontrar en la otra muy floja resistencia, y creía que la gloria de reunir de nuevo á la corona de Inglaterra el antiguo patrimonio que poseian sus predecesores en el continente, estaba reservada á su reinado. Wolsey alentaba tambien sus quiméricas esperanzas, y empleaba toda su maña en hacer adoptar á su amo las miras que auxiliaban mejor sus designios secretos; y los ingleses, cuya animosidad hereditaria contra la Francia estaba siempre pronta á revivir á la primera ocasion, distaban bien lejos de desaprobár las inclinaciones guerreras de su soberano.

En este intervalo, la liga formada entre el papa y el emperador producía grandes sucesos en Italia, y habia hecho de la Lombardía el principal teatro de la guerra. Habia entónces tanta oposicion entre el carácter de los franceses y el de los italianos, que no hay dominacion extranjera á la cual éstos hayan manifestado tanta repugnancia y aversion como á la francesa. La flema alemana y la gravedad española se avenian mucho mejor con el carácter celoso y con los modales ceremoniosos de los italianos que el buen humor francés, demasiado movido á la galantería y muy poco atento al decoro. Luis XII, sin embargo, por la suavidad y equidad de su gobierno y por los privilegios que habia concedido al Milanés, privilegios mucho más amplos que los que gozaba bajo el mando de sus príncipes naturales, habia llegado á debilitar visiblemente sus pre-